

tituyente era contraria al nuevo orden de cosas, la disolvió en el momento. Cuando un piquete de soldados se presentó en el lugar que aquella ocupaba, tan solamente se hallaban allí algunos de los miembros de la Asamblea trabajando en la sala de sesiones. Apenas aquellos constituyentes vieron los soldados franceses, comprendieron el objeto que les llevaba, y uno de ellos, Quirico Filipanti, redactó la siguiente protesta:

«REPÚBLICA ROMANA.—En nombre de Dios y del pueblo de los Estados romanos, el cual nos ha elegido libremente sus representantes;

«Fundada en el artículo 5.º de la Constitución de la República francesa, la Asamblea constituyente romana protesta ante la Italia, ante la Francia y ante el mundo civilizado contra la violenta invasión de su residencia, cometida por las tropas francesas á las siete de la noche del 4 de julio de 1849.

«Capitolio, día y hora mencionados.»

Fijemos ahora la atención en la morada del augusto desterrado de Gaeta. Uno de los primeros cuidados del general Oudinot, el día que hizo su entrada en Roma, fue enviar á Gaeta un jefe de Estado mayor del cuerpo de ingenieros, el coronel Niel, con la honrosa comision de entregar á Pio IX las llaves de la ciudad, juntas con una carta oficial en la cual le anunciaba la cesacion de las hostilidades. Aquel oficial se embarcó en el Tíber, y llegó en breve á Gaeta, siendo introducido inmediatamente cerca del Santo Padre.

Un inmenso gozo experimentó Pio IX á vista del enviado por el duque de Reggio. Al saber que su pueblo era libre, que la guerra habia terminado y que sus hijos eran felices, dijo al Coronel: «¡ Ah! Habladme de mis hijos de Roma y de Francia. ¡ Cuánto han debido sufrir! ¡ Cuánto he orado por ellos!»

El Coronel le hizo una relacion exacta de todo lo ocurrido en el sitio de Roma y de todo cuanto se habia hecho por evitar la destruccion de los monumentos. El Santo Padre, despues de haberle escuchado con la mayor atencion, se expresó de la manera siguiente:

«Coronel, muchas veces lo he dicho y tengo un placer en repetirlo. Ahora, despues de tan grandes servicios, siempre conté con la Francia; pues, si bien nada me habia prometido, estaba seguro de que en el momento oportuno daría á la Iglesia sus tesoros, su sangre, y lo que quizás es mas difícil para sus valientes hijos, el valor reprimido, la constante paciencia á la que debo que se haya conservado intacta mi ciudad de Roma, el tesoro del mundo, la ciudad querida que tanto ha sufrido, y hácia la cual durante mi destierro volví siempre los ojos y mi angustiado corazón. Decid al General en jefe, á todos los generales que están á sus órdenes, á todos los oficiales, y quisiera que pudiese ser repetido á cada soldado de la Francia, que mi gratitud no tiene límites; mis oraciones por la prosperidad de vuestra patria serán mas fervientes, pues mi amor por los franceses se ha hecho si cabe mas vivo é intenso despues de los servicios que me han prestado. En cuanto á vos, coronel, tendré la satisfaccion de daros una prueba de mi paternal afecto.»

Agradecido el Santo Padre al portador de tan consoladoras noticias, le regaló un magnífico rosario para su esposa, y le condecoró con la cruz de comendador de San Gregorio el Grande. Al entregarle el rosario le dijo: *Esto es para la esposa cristiana*. Al condecorarle pronunció estas palabras: *Esto es para el valeroso guerrero*. Á la conclusion de la entrevista, que duró mas de dos horas, Pio IX le entregó una carta autógrafa para el General concebida en estos términos:

«Señor General:

«El valor bien notorio de las armas francesas, sostenidas por la justicia de la causa que defendian, ha recogido el fruto que le era debido: la victoria. Aceptad, señor General, mis felicitaciones por la parte principal que en este acontecimiento habeis tenido; felicitaciones, no por el derramamiento de sangre, pues mi corazón lo aborrece, sino por el triunfo del orden sobre la anarquía, por la libertad devuelta á las personas cristianas y honradas, para las cuales no será ya un delito gozar de los bienes con que Dios las ha favorecido y adorarle con la pompa religiosa del culto, sin correr el peligro de perder la vida ó la libertad. Respecto de las graves dificultades que podrán despues presentarse, confío en la proteccion divina. Creo que no será inútil que el ejército francés sepa la historia de los sucesos acontecidos durante mi pontificado, sucesos que se relatan en mi alocucion, de la cual teneis ya noticia, señor General; para ello os remito cierto número de ejemplares de la misma, á fin de que pueda ser comunicada á los que juzgueis conveniente. Dicho documento prueba evidentemente que el triunfo que el ejército ha conseguido, lo ha reportado contra los enemigos de la sociedad humana, y por lo mismo deberá excitar el agradecimiento de todos los hombres honrados de Europa y del mundo entero.

«El coronel Niel, que con vuestra digna comunicacion me ha presentado las llaves de Roma, os entregará la presente, y con grande placer me sirvo de este intermediario para expresaros mis sentimientos de paternal afecto, y para aseguraros que continuamente ruego al Señor por vos, por el ejército francés, por el Gobierno y por la Francia entera.

«Recibid la bendicion apostólica que os doy con todo mi corazón.

«Datum Cajetæ, die 5 julii 1849. — Pius, PP. IX.

Terminada su primera mision, el coronel se dirigió á Nápoles para entregar al Rey de las Dos Sicilias una carta del general Oudinot, habiendo encontrado la mejor acogida por parte de aquel Monarca; y cumplidos tan satisfactoriamente ambos encargos, volvió inmediatamente á Roma.

La victoria alcanzada por el ejército francés y su triunfal entrada en la Ciudad eterna llenó de gozo al mundo cristiano, al mismo tiempo que causó la mayor desesperacion á los patriotas que en todas partes hacian votos por el triunfo de las ideas revolucionarias.

Apenas el Presidente de la república francesa tuvo conocimiento del hecho, se apresuró á felicitar al General en jefe, al cual dirigió la carta siguiente:

«Mi querido General:

«Tengo un placer al felicitaros por el triunfo que habeis obtenido entrando en Roma á pesar de la viva resistencia de sus defensores. Habeis mantenido el prestigio que va unido á nuestra bandera. Ruégoos que manifiesteis á los generales que están á vuestras órdenes, y á las tropas en general, cuánto he admirado su perseverancia y valor. Las recompensas que os traerá vuestro ayudante de campo son bien merecidas, y siento que no me sea dable entregarlas por mí mismo. Espero que el estado sanitario de vuestro ejército se conservará tan bueno como es en el día, y que en breve podréis volver á Fran-



cia con honor para nuestras armas y con beneficio de vuestra influencia en Italia.

«Recibid, mi querido General, la seguridad de mis sentimientos de amistad y aprecio.—Luis Napoleon.»

El mismo comandante que trajo esta carta al General en jefe, le entregó otra del Ministro de la Guerra concebida en estos términos:

«General:

«Por parte telegráfico os he hecho saber la viva satisfacción del Presidente de la república y del Gabinete entero por la conducta del cuerpo expedicionario de Italia.»

«En este momento debo renovar la expresión de iguales sentimientos de un modo más explícito. El Gobierno hace completa justicia al talento manifestado por los generales en esta sabia y difícil operación de sitio, y aplaude el buen espíritu, el ardor y bravura de los soldados. La Francia les está agradecida por haber manifestado hallarse en situación de reproducir los heroicos hechos de nuestras grandes guerras, para lo que solo les falta ocasión; se enorgullece por el triunfo que han obtenido, y cuenta con su disciplina y con su generosidad para dar á la victoria un nuevo brillo. Sus camaradas que han permanecido en Francia envidian el puesto de honor que les ha sido destinado.»

«En un cuerpo de ejército que tan bien ha servido me es imposible citar todos los nombres que merecen elogios, mas dirijo especialmente mis felicitaciones á vos, como general en jefe, al general Vaillant por la dirección del sitio y las obras de arte, al general Thiry, por los eminentes servicios prestados por la artillería, y á los generales Rostolan, Guesviller, Regnault de Saint-Jean-d'Angely, y á sus divisiones, por su decidida cooperación. La administración de sanidad y los servicios que de ella dependen merecen igualmente ser mencionados.—El ministro de la Guerra, Rullière.»

Por su parte la Asamblea legislativa se apresuró á adoptar una proposición del tenor siguiente:

«La Asamblea nacional, al saber el triunfo definitivo de nuestras armas en la expedición de Italia, da un voto de gracias al ejército expedicionario y á sus jefes, quienes tan dignamente han sabido conciliar los deberes de la guerra con el respeto debido á la capital del mundo cristiano.»

«La Asamblea da igualmente su voto de gracias á la marina.»

El valeroso general Oudinot recibia la justa recompensa de sus gloriosos hechos: habia combatido heroicamente y por la más justa de las causas; sobre él, pues, recaian las bendiciones de todo el mundo cristiano; á sus combates le habian acompañado las oraciones del Padre comun de los fieles y de todas las almas justas, y sus triunfos debian ser celebrados por las mismas y por todos los hombres honrados que veian en el triunfo de la causa del Pontificado el de la civilización de la Europa. Triste porvenir podia esperarse de haber triunfado la demagogia, cuyo único objeto es romper todos los vínculos sociales, sembrando en todas partes la confusión y el desorden.

Los que habian pensado convertirse en héroes, los jactanciosos defensores de Roma que mil veces habian repetido en sus proclamas que no habia fuerza suficiente para vencerlos porque eran invencibles, pensaron tan solo en proporcionarse la fuga, resguardados por pasaportes que les proporcionaron los

consulados de Inglaterra y de los Estados-Unidos. Roma podia felicitarse porque huian de su seno el príncipe Canino, Galletti, Sterbini, Cicornacchio, Sturbinetti y Montecchi, que habian sido los principales autores de las desgracias que habian pesado sobre la Ciudad eterna.

Entre tanto, los que habian quedado en Roma en su desesperación se entregaban á venganzas rastreras llevadas á cabo en la oscuridad de la noche. En prueba de ello véase el siguiente pasquin revolucionario:

*Orden del día para los días del orden.*

«¡Soldados del Mediterráneo y del agua bendita! ¡Alegraos, mis valientes y esforzados camaradas, que acabais de conseguir el objeto misterioso de vuestras gloriosas empresas! ¡Acabais de enarbolar y saludar la bandera del Papa, flotante sobre los techos de la Ciudad eterna! Habeis asistido arma al brazo al desfile de la santa clerigalla y de las frailunas milicias. Vosotros me habeis visto ayudar misa, mientras que mi Estado mayor encendia los cirios, y vosotros participaréis con vuestros generales del honor de besar el viejo zapato del Papa. Salisteis de Francia simples soldados rasos de una república mundana, y volveréis á vuestra patria hechos unos calmuco y cosacos de la sacristía, que es la antecámara del paraíso. ¡Hurra! ¡Bendigamos al Señor! ¡Dios solo es grande, y Guizot, Thiers, Falloux, son sus profetas! Se ha restablecido el orden y la libertad se ha escapado: ¡buen viaje! El orden impera en Roma y en París como en Varsovia. La Italia está tranquila como un sepulcro. El orden no es la verdad. La verdad es facciosa: la palabra debe ocultar el pensamiento. Os dije en Tolon que habíais sido los elegidos para arrojar de la hermosa Italia á los austriacos. Perdonadme; bromeaba. Estamos aquí de orden de nuestros poderosos aliados el Czar de Rusia y el Emperador de Austria. Estos bandidos italianos se acordaron de volver á ser una nación, de libertarse del yugo paternal de Austria y de los reyezuelos y curas vasallos de la misma nación. Se metieron en la cabeza constituirse en república única é indivisible como en Francia, y darse instituciones liberales como las nuestras.»

«¡Desgraciados bobalicones! No dudaban que el gran Sobrino del pequeño Tío habria tomado á su cargo volver á conducir á este país á su antigua división en varios pedazos, á sus saludables cadenas. ¡Gloria á mí y á todos los apóstoles de la orden guizotina! Sí: la república francesa era la que debia aplastar la romana. La hermana mayor era la que debia asesinar á la menor. Esto es muy justo, y segun los santos Libros Cain debió matar á Abel.»

«El orden no es ningun necio, y por lo tanto no carece de caballerismo. Hemos venido á hundir la nacionalidad italiana, cuando hacia dos años que con fuerzas desiguales luchaba contra el Austria y contra los reyes italianos y el Papa conjurados.»

«Hemos herido en el corazón al gladiador herido: la prudencia es la madre de todas las virtudes; un buen general aprovecha la ocasión y asegura su victoria, y el jumento no pega la coza al león sino cuando le ve derribado.»

«Guerrear contra los fuertes es fanfarronada y quijotismo: destruir los débiles y besar la bota del Czar cuando se digna arrimárnosla á nuestra espalda, hé aquí una cosa muy natural y llena de gloria para los hijos de la gran nación.»



«El orden es el honor, empero el honor bien ordenado: no lo confundais ahora con la justicia y la fe. En 1848 Lamartine abrazó la bandera tricolor italiana en el Hôtel-de-Ville de París, y prometió ayudar y socorrer la causa de la nacionalidad italiana. Nuestra Asamblea constituyente decretó la libertad de la Italia. Empero Lamartine solo era un zopo, y la Asamblea una perera de ladrones á la luna. Sus palabras no nos obligan. ¡Libertar la Italia! ¡Prontamente! Sí: yo la he libertado en efecto de las cadenas de la libertad, he barrido los patriotas, los he perseguido, los calumnio, los acoso como animales feroces, los encarcelo como si fueran ladrones, y quiero exterminar semejante canalla que daguerreotipa nuestros liberales franceses.

«He pisoteado el águila romana y la bandera tricolor italiana, aquella bandera ante la cual se quitaba el sombrero el buen hombre mi difunto padre que no habia nacido duque, y que igualmente amaba Napoleon como verdadero hereje excomulgado que era. Aquella bandera que siguió nuestro iris revolucionario en todas partes, en Wagram, en Austerlitz, en Moscou, en Tarragona... aquella bandera malvada, yo la he arrojado al Tiber, y la he reemplazado por el lábaro de color de yema de huevo, tierno emblema de la cópula de la gallina gala con el pichon del Vaticano. Además en esta bandera se ve una llave de oro y otra de plata, preciosos metales que no brillan en los estandartes de los rebeldes, y que nuestro Gobierno aprecia sobre todo.

«¡Soldados del orden y de la paz á toda costa, enorgulleceos de haber contribuido á esta obra santa y piadosa!

«Sabed que esto no ha sido mas que un globo aereostático de prueba. Dentro pocos dias vuestros cien mil camaradas de París terminarán la santa empresa que habeis iniciado. La bandera blanca flordelisada, objeto de los cuidados y de los suspiros de Thiers, Barrot, Falloux y comparsa, flotará cuanto antes en las Tullerías. Mi cofrade Bergamotte se encarga de ello. Yo soy su precursor. ¡Hijas de Francia! preparad los ramos y los laureles para mis héroes que van á repasar mi Mediterráneo! Veréislos regresar cargados de coronas de *loretas* y de bendiciones papales. ¡Húndase la cruz de honor! Ella no es mas que un signo diabólico inventado por Napoleon, perseguidor de los Papas:— mis soldados cubrirán su pecho con escapularios, y cada uno llevará un fraile en su mochila al regresar á Francia. ¡No mas esos rancieros títulos de los cuales eran tan golosos nuestros descarriados padres! ¡No mas vencedores de Lodi y de Marengo! ¡No mas *enderezadores de tuertos y campeones de nacionalidades*, ni otras semejantes herejías! Se os saludará empero con los lisonjeros nombres de *soldados del Papa*, columnas del templo, santurriones, beatos, clerizontes y croatas del orden. ¡Hurra...! ¡Vivan nuestros amos de Austria y Rusia! ¡Vivan los *restaurantes* y las restauraciones! Lo que no queremos para nosotros, hagámoslo siempre para los demás. ¡Vivan los banqueros, los hipócritas y los cortesanos! ¡Vivan el oro y la plata! y ¡mueran los republicanos! ¡Abajo la verdad, abajo la justicia, abajo el gorro encarnado de frigia forma, y adoremos el solideo rojo de los cardenales!

«Esta noche á las seis será el toque de retreta á fin de que tengais tiempo de cantar las Letanías y de recitar las horas de Bourges. Mañana irémos á confesar precedidos de música. En calidad de guardias del Santo Padre tendréis la derecha al lado del órgano.—Amen.

«Hecho en Roma: dia tercero de la restauracion clerical.

«Por Mons. Falloux, general en jefe, Koudinok, feld-mariscal de Austria,

hetman de cosacos, gran cordon de la Orden de Loyola, canónigo de San Pedro y cardenal de la santa Iglesia romana.

«Para la comunión á los ciudadanos *Reste L'ANE*, sacristan gobernador.»

Con repugnancia hemos reproducido el anterior pasquin, pero ello servirá para que se conozca la clase de gente que se habia constituido en libertadora de Roma.

¿Y Garibaldi? ¿Qué se habia hecho del célebre guerrillero, á quien, si hemos de confesar un valor poco comun, no podemos menos de lamentar el que lo haya aplicado á las causas mas desacreditadas? Continuaba su expedicion aventurera, exigiendo por doquiera que transitaba sumas considerables. Su primer teniente, el inglés Forbes, de soldado vencido se convirtió en ladrón de caminos, siendo tales sus hechos, que el mismo Garibaldi se vió obligado á castigarle severamente.

Por una parte las tropas españolas y por otra las austríacas perseguian á los fugitivos. Garibaldi pudo conseguir el penetrar con el resto de su gente en la república de San Marino, y algunos dias despues confió su salvacion á las olas del mar. Sus compañeros, menos felices que él, perecieron unos ahogados y otros pasados por las armas.

El clero de Roma no podia permanecer en la inaccion ante los triunfos del ejército francés, que habia devuelto su tranquilidad á la Ciudad eterna. Así, pues, una diputacion de sus miembros, llevando á la cabeza al cardenal Castrocane, se presentó en la plaza Colonna, residencia del general Oudinot, con objeto de felicitarle. El ilustre purpurado tomó la palabra, dirigiendo al valiente General las mas entusiastas frases, á las que el Duque contestó con el siguiente discurso:

«Señores: Mi intencion era anticiparme á vuestra visita; mas no ignorais cuán numerosas son las ocupaciones de un general en jefe, encargado al mismo tiempo de las funciones administrativas; el trabajo ha llenado todo mi tiempo, y antes que todo debo cumplir con mi deber.

«Os doy gracias en nombre de la Francia y del ejército de los vctos que por nosotros haceis; en cuanto á mí, he tenido gran placer en sostener el honor militar de mi patria, en restablecer aquí el orden social y la paz pública, y sobre todo me felicito por haber prestado este servicio á la Iglesia, y á vosotros en particular, señores, que tanto habeis debido sufrir en los calamitosos tiempos que acaban de transcurrir.

«Ahora unámonos todos para hacer olvidar las pasadas desgracias y restablecer el orden; vuestra larga experiencia, vuestros preciosos conocimientos de las necesidades del país, me son indispensables, y cuento con vuestras luces y con vuestra cooperacion. Señores, el ejército y el clero son los dos grandes cuerpos destinados para salvar el porvenir.

«Unidos por el mismo lazo que forma nuestra fuerza, unidos por la disciplina, solo en el sentimiento religioso y en el respeto á la autoridad puede encontrar su fuerza y su salvacion la sociedad desconcertada.»

Era necesario formar una municipalidad digna de la Capital del mundo cristiano, que reemplazase á la nombrada por el Gobierno republicano. La designacion de personas hecha por el príncipe Pedro Odescalchi, al que habia sido dada tal comision por el general Oudinot, no podia ser mas acertada.

Hé aquí los nombres de algunos de aquellos hombres que en las circuns-



tancias mas difíciles sacrificaron su reposo y tranquilidad en aras de la patria, aceptando el cargo de concejales:

El príncipe Pedro Odescalchi, presidente.

Señores: Bianchini, profesor Carpi, abogado Ralli, abogado Scaramucchi, Dr. Favani, marqués Capranica, Dr. Belli, Dr. Spagna, marqués Guglielmi, abogado Massani, Vincenzo Pericoli, profesor Pieri, Dr. Alibrandi, marqués Sachetti y marqués Campana.

En el momento de instalarse la nueva municipalidad, que fue recibida con el mayor júbilo por todos los hombres honrados de Roma, pensóse en poner una atenta comunicacion al General en jefe, que fue redactada en los siguientes términos:

«General:

«Llamados por vos para encargarnos provisionalmente de la administracion municipal de Roma, hemos aceptado esta mision á pesar de las difícilísimas circunstancias en que nos encontramos, impulsados por el deber que tiene todo buen ciudadano de consagrarse al servicio de su país, y tambien por el vivo agradecimiento que sentimos por vos. Sí, señor General, no hay romano amante de su patria que no haya contraído respecto de vos una deuda de profunda gratitud, pues recibisteis el cargo de restablecer en esta metrópoli el orden y la soberanía temporal del Jefe de la Iglesia, y lo habeis desempeñado dignamente.

«Por circunstancias independientes de nuestra voluntad, era inevitable la lucha; pero, moderado durante la batalla y benigno despues de la victoria, vuestras virtudes han suavizado los males que la guerra lleva siempre consigo. Los monumentos del arte antiguos y modernos, que son nuestra gloria y que pertenecen al mundo civilizado, no han sufrido daño: así, pues, vuestro nombre y el de vuestro ejército, cuya admirable disciplina nunca puede ser bastante ponderada, quedarán grabados en indestructibles caracteres en nuestra memoria y en nuestros anales, tanto mas que en cuanto á él y á vos somós deudores de la paz y seguridad que despues de una época de peligros reales en demasía hemos tan felizmente recobrado.»

El 14 de julio tuvo lugar la instalacion del nuevo municipio, y al dia siguiente se verificó una solemnidad de gran consuelo para todas las personas amantes del orden y adictas al paternal Gobierno de los Pontífices Romanos. En dicho dia se enarbó oficialmente la bandera pontificia, quedando restablecida la autoridad temporal del Papa, cantándose en seguida un *Te Deum* por el triunfo obtenido por las armas francesas.

Darémos una idea de esta solemnidad.

La alegría y expansion del buen pueblo romano en esta ocasion solo es comparable con la que mas tarde experimentaba en el dia no menos memorable en que se inauguró el Concilio Vaticano. Desde las primeras horas de la mañana, la ciudad tomó un aspecto festivo. Los balcones y ventanas se adornaron con ricos damascos, y en todos los rostros se retrataba el gozo y la alegría.

Roma celebraba el triunfo de su Pontífice-Rey, y todos ansiaban ya por el momento de recuperar al Padre amado y postrarse en su presencia. Hasta el firmamento parecia alegrarse. Ni la mas ligera nube empañaba la azulada bóveda.

La ceremonia debía tener lugar á las tres de la tarde.

Desde el mediodía las oleadas de gente no permitian dar un paso por el puente de San Ángelo, Burgo Nuovo y plaza del Vaticano.

Á las dos las tropas salieron de sus cuarteles, y se dirigieron hácia San Pedro, abriéndose paso á duras penas.

La multitud aplaudia frenéticamente á los libertadores del Pontífice.

Á las tres se presentó el General en jefe rodeado de los oficiales generales y de los Estados mayores del ejército. Una salva de cien cañonazos saludó la bandera pontificia, que se enarbó á un mismo tiempo en el castillo de San Ángelo y en el Capitolio.

El clero de San Pedro recibió en las puertas de la gran basilica al General y su comitiva, y Mons. Mariano Mecarini, secretario del Capítulo del Vaticano, dirigió al General un breve y elocuente discurso, felicitándole por la victoria de su ejército y por la dicha que habia tenido restituyendo los Estados romanos á su legítimo soberano el Sumo Pontífice. Ocupando cada cual el punto que le estaba reservado á los lados del altar de la Confesion, el cardenal Castracane, obispo de Palestrina y gran penitenciario, entonó el *Te Deum*.

La suntuosa basilica Vaticana presentaba un aspecto imponente. Á los lados del gran altar se veian muchos eminentísimos purpurados, y el cabildo, todos los miembros del cuerpo diplomático, los príncipes romanos, la municipalidad, los guardias nobles, los oficiales de la guardia suiza y otros personajes ilustres, entre los cuales destacaba el valeroso General que habia sido el instrumento de la Providencia para confundir á los enemigos del Pontificado.

Numerosos destacamentos de todos los cuerpos del ejército, en número de quince mil hombres, cubrian la inmensa extension de la nave; estando lo restante del templo lleno de una inmensa multitud. Mas de quince mil voces respondian á los versos del *Te Deum*.

Terminado el himno, el Cardenal dió la bendicion con el santísimo Sacramento, y despues de tan solemne acto, el cardenal Tosti se adelantó, se dirigió al General, y con voz alterada por la natural emocion le dirigió el siguiente discurso:

«Señor General: ¡ Vos, que transmitiréis á vuestros descendientes el título de libertador de Roma, permitid á un cardenal romano que con voz debilitada por largos sufrimientos os exprese en nombre de sus colegas, á vos y á vuestro ejército, lo mismo que á la Francia cristianísima, sus sentimientos de eterna gratitud! Nos habeis librado de la opresion de los mónstruos deshonor del género humano, y en este momento nos estais preparando el regreso del Pontífice Supremo, nuestro padre y nuestro soberano. Algunas furias del infierno se han desencadenado y se desencadenan todavía contra él; mas les impone silencio la voz general del mundo cristiano, que clama por verle volver coronado de gloria. Sí, volverá, acompañado como siempre de su extraordinaria dulzura, aunque los malvados que de ella abusan, creyendo en la impunidad, se hacen cada dia mas audaces. Señor General, vuestra prudencia, vuestra conducta militar y la de los valientes que os rodean nos han evitado los males de la guerra, pues la devastacion que ha desolado la ciudad y sus alrededores fue obra únicamente del genio funesto de nuestros tiranos. La disciplina y moralidad de vuestras tropas sirven de ejemplo y de castigo al pequeño número de romanos extraviados por los impíos. Los hombres honrados lloran aun la sangre francesa derramada; pero esta sangre, unida á la de